

soltura y tanto hábito. En efecto, el Talmud, que puede ser comprendido por un talento ordinario, requiere sin embargo en la inteligencia cierta agudeza, cierta soltura y cierta práctica para ser bien traducido y presentado, pues á menudo se mezclan en él los chistes y casi en todos sus pasajes hay mil sutilezas. Solo aquel que haya estudiado por mucho tiempo y tenga muy frescas estas cosas, puede presentarlas y traducirlas con esa facilidad que caracteriza á los hábiles. Al número de estos pertenecía mi padre, y así en diez minutos se habrían convertido en tristes realidades todas las sospechas que de mí habia concebido, si la bondad divina, que queria convertirme, no hubiera venido como milagrosamente en mi auxilio.

»La primera pregunta que me hizo era precisamente sobre una de esas cuestiones respecto de las cuales es imposible no dejarse ver tal como uno es. Ahora bien, hacia ya dos años que yo habia descuidado casi completamente el estudio del Talmud, y lo que acerca de él habia aprendido lo habia leído como un estudiante disgustado que solo trata de salvar las apariencias. Sin embargo, apenas oí la pregunta, al punto una luz abundante me ilustra y me manifiesta todo lo que debo decir. Yo mismo estaba sumamente admirado, pues no podia explicarme tanta facilidad en dar razon de unas cosas que apenas habia leído, y mi asombro se aumentaba al ver la viveza y prontitud con que mi espíritu comprendía todo lo que habia de confuso y de enigmático en aquel pasaje que iba á decidir de mi viage. Pero todavia estaba mi padre mas asombrado que yo; su corazon rebotaba de gozo y de alegría, pues no hallaba digno de él y veia desvanecidos los recelos que le habian infundido respecto de mí. Me abrazó, pues, con la mayor ternura, regó mi rostro con sus lágrimas, y me dijo: «Ya sospechaba

yo que te calumniaban cuando decian que te entregabas al estudio del latin y desatendias el de tu profesion;» y me enseñó las cartas que en este sentido le habian escrito. En la cena quiso obsequiarme mi buen padre y fué á buscar una botella del vino mas añejo que tenia para celebrar conmigo mis adelantos.»

Para completar la narracion de Libermann, añadiremos que, cuando ese viage de que habla, fué cerca de Strasburgo á ver á su hermano mayor que se habia convertido con su muger. Los tres tuvieron varias conferencias seguidas acerca de la Religion cristiana y un dia le dijo en ellas su cuñada: «hermano mio, no solo serás cristiano, sino además sacerdote católico.»

«El permiso para ir á Paris, continúa Libermann, no se hizo esperar, y á pesar de los avisos que daban á mi padre, de que yo iba á Paris para unirme con mis hermanos y hacer lo que ellos, no pudo creerlo. Me dió pues una carta para el rabino Deutz (el padre de este Deutz fué quien entregó á la duquesa de Berry); pero iba por otra parte recomendado al señor Drach, y á este fué á quien me dirigí. Sin embargo, mas adelante fui y llevé mi carta al señor Deutz, y hasta le pedí un libro, pero, fué por cumplir solo como suele decirse; así es que al poco tiempo se le devolvió y ya no fui mas á verle. Pasé algunos dias en casa de mi hermano y no pudo menos de llamarme la atencion la felicidad de que gozaba; mas, á pesar de eso, todavia estaba yo muy distante de sentirme mudado y convertido.

«El señor Drach me buscó una plaza en el Colegio Stanislao y me condujo á él. Allí me pusieron en un cuartito, me dieron la historia de la doctrina cristiana por Lhomond, así como su historia de la Religion, y se me dejó solo. Este momento me fué sumamente penoso. Al verme en aquella profunda soledad, en aquel aposento que no tenia mas luz

que la que le daba una pequeña ventana, al considerar que me hallaba á tanta distancia de mi familia, [de mis conocidos y de mi pais, apoderóse de mí una profunda tristeza, y mi corazon se sentia oprimido por la melancolia mas penosa. Entonces, acordándome del Dios de mis padres, me puse de rodillas y le supliqué me iluminase para que conociese cuál era la verdadera Religion; le rogué que si la creencia de los cristianos era verdadera, me lo diese á conocer, y si fuere falsa, me alejase de ella inmediatamente. El Señor, que siempre está cerca de los que le invocan de lo íntimo de su corazon, oyó mis ruegos. Al momento quedé ilustrado, ví la verdad, la fé penetró en mi entendimiento y en mi corazon. Habiéndome puesto á leer el Lhomond, me adheria con facilidad y firmeza á cuanto en él se refiere de la vida y muerte de Jesucristo. Hasta el misterio de la Eucaristía, aunque bastante imprudentemente ofrecido á mis meditaciones, no me repugnó de modo alguno. Todo lo creia sin dificultad. Desde ese momento todo mi anhelo era verme bañado en la sagrada piscina. No tardé en tener esta dicha, pues en seguida se me preparó para recibir este admirable sacramento y le recibí el dia de Navidad (1826), en cuyo dia fui tambien admitido á la sagrada mesa.

»Yo no puedo admirar bastantemente el asombroso cambio que se obró en mí en el momento en que cayó sobre mi cabeza el agua del bautismo. Verdaderamente me volví un hombre enteramente nuevo. De repente desaparecieron todas mis incertidumbres y temores. El hábito ó traje eclesiástico hácia el cual todavia sentia yo algo de esa repugnancia extraordinaria que es propia de la nacion judaica, ya no se me representó bajo el mismo aspecto; lejos de eso mas bien le amaba que le temia. Pero sobre todo sentíame con un valor y una fortaleza invencibles para

practicar la ley cristiana y con el mas grato afecto á cuanto tenia alguna relacion con mi nueva creencia.

»En octubre de 1827 me presentó el señor Drach al superior de San Sulpicio. Ya estaban hechos los ejercicios espirituales. El señor Drach comenzó manifestando los temores que tenia por mi salud y le parecia que seria muy temprano para mí la hora á que se levantaba la comunidad. El buen señor Garnier contestó que en ese caso no debia yo venir al seminario. Además, mi introductor añadió que yo sabia perfectamente el hebreo, pero que estaba poco versado en el latin. «Pues cabalmente se dan en latin y no en hebreo los cursos de teología,» respondió con gran viveza el superior. Estas dos respuestas me causaron algun temor; sin embargo, no me desanimaron, y mas adelante he tenido mil ocasiones de conocer que bajo esta rigidez aparente se ocultaba una gran bondad de corazon.

»Mi entrada en el seminario de San Sulpicio fué para mi alma una época de bendicion y de gozo. Se me dió por ángel al presbítero Jorge, hoy obispo de Perigueux. La gran caridad con que desempeñaba su encargo, me confundia y me hacia amar cada vez mas una Religion que inspira sentimientos tan dulces y tan admirables. Y luego el silencio que tan bien se guarda en el seminario, aquel recojimiento interior que se ve retratado en todos los rostros y que es como el carácter especial de los que habitan esa santa casa, todo, todo me hacia un bien inmenso. Me sentia en un nuevo elemento en el que respiraba con desahogo. Una sola cosa me faltaba en aquel entonces, á saber, que ignoraba completamente el modo de hacer oracion. A pesar de lo que al principio habia dicho el señor Garnier, se me permitió con facilidad levantarme mas tarde que los demas; pero con ese motivo me veia privado de las re-

peticiones y esplicaciones de la oracion que se hacen los sábados por la mañana. No pudiendo hacer otra cosa, tomaba en mis manos el *Manual* y hacia mi oracion, siguiendo sucesivamente los actos que el método indicaba. Este santo ejercicio, tan penoso en la apariencia, me era grato por la unción de la gracia y me fué muy útil. Por Pascuas pude ya levantarme con los demas; oí las esplicaciones que se daban los sábados y desde entonces hice ya oracion con mas facilidad y con mas fruto.

»Así se pasaron los primeros años de mi seminario. Todo iba á pedir de boca, cuando poco antes de recibir el subdiaconado, me ví acometido de violentos ataques nerviosos. Dilatóse mi ordenacion y el superior me envió á Issy, esperando que los aires del campo me probasen bien. Allí pues permanecí hasta 1837.»

El señor Libermann se hallaba entonces en la vía dolorosa, en el camino de la cruz. Su anciano padre habia muerto en 1833 despues de haberle desheredado y maldecido; una cruel enfermedad, que con dificultad se cura, le detenía á las puertas del santuario y le impedía ordenarse de sacerdote. En este abandono del Calvario, sentía en sí la vocacion de consagrarse al servicio y salvacion de las almas mas abandonadas en este mundo. De esto hablaba con sus amigos, dos de los cuales, los señores Federico Levavasseur y Tisserand, se asociaron á su proyecto: el primero era hijo de padres criollos de la isla de Borbon, y habia abandonado la carrera de la escuela politécnica para entrar en el seminario; el segundo era oriundo de Santo Domingo. Todos tres estaban sujetos á la misma prueba por diversas causas y se veian espuestos á no poder continuar sus estudios teológicos. Todos tres sentían en sí la misma vocacion, la de dedicarse á procurar la salvacion de las almas

mas abandonadas, en especial del pueblo mas abandonado entre todos los pueblos de la tierra, del pueblo de los negros, cuyo miserable estado habian visto en su isla los dos últimos. Pero ¿cómo emprenderlo? ¿quién se pondría al frente de la empresa? Ninguno lo sabe. En 1838 fué llamado á Rennes el señor Libermann para dirigir el noviciado de los Eudistas; pero bien pronto conoció por mil obstáculos estraños é inesperados que Dios le llamaba á otra parte. Pero ¿á dónde? lo ignora. Verdadero hijo de Abraham habia salido de su casa y de su familia, sin saber á dónde iría. En 1839 sale de Paris con un baston en la mano, como en otro tiempo el antiguo Jacob, cuyo nombre habia abandonado en el bautismo por tomar los de Francisco Maria Pablo. Iba á Roma, subía á Bethel, á la casa de Dios, para consultar el oráculo del Señor. Un amigo se habia brindado á acompañarle y á pagarle los gastos del viage; pero luego que llegan á Roma, se ve abandonado de ese amigo. El pobre Libermann, que solo estaba ordenado de menores y que padecia de ataques de epilepsia, se encuentra pues allí solo, sin recurso alguno, viviendo en una buardilla ó sotabanco en un cuarto piso y precisado á mendigar su sustento. Dormía en el suelo, sin tener apenas mas que una silla donde poder escribir sobre sus rodillas una Memoria estensa para la Propaganda acerca del apostolado de los negros, asi como el comentario de las constituciones que habian de presentarse á la aprobacion de la Santa Sede.

Al cabo de ocho meses, y cuando menos lo esperaba recibió una carta del cardenal prefecto de la Propaganda, quien, aunque alabando su celo y el de sus amigos, declaraba, sin embargo, aplazado el proyecto y daba á entender que ante todo era menester que Dios le pusiese bueno curándole sus enfermedades para poder aspirar al sacerdocio. Esta carta

es del 6 de junio de 1840. Libermann la comunicó á sus amigos, y así en estos como en él produjo un efecto enteramente contrario del resultado que parecia inevitable, pues en vez de desalentarse concibieron mas esperanzas que nunca.

Y efectivamente, no estaba lejano el día de los consuelos. El señor Libermann, lleno de confianza en el Señor y en su Santísima Madre, fué en peregrinacion á Nuestra Señora de Loreto, á pié y mendigando su sustento. De allí volvió completamente curado y los médicos no vacilaron ya en dar los certificados correspondientes para que se levantara la irregularidad. Al mismo tiempo sabe por una carta de su hermano que el obispo de la isla Mauricio estaba tratando con el obispo de Strasburgo y con la Santa Sede acerca de su promocion á las sagradas órdenes y de su incorporacion al clero de su diócesis. La esplicacion de este incidente es la siguiente: Uno de sus amigos, Federico Levavasseur, iba á ser ordenado de diácono, y estando en ejercicios, sucede que un obispo misionero de la orden de San Benito, el Ilmo. señor Collier, visitando el Seminario de San Sulpicio y buscando auxiliares, sabe que habrá muy luego allí un diácono que por su familia pertenecia á la referida diócesis de la isla Mauricio, pues por una equivocacion se habia confundido esta isla con la de Borbon. Pero el ejercitante hubo de ver al obispo misionero, y este le abrazó como á uno de los suyos con tanta efusion que el otro le comunicó todos sus proyectos. El prelado entonces le pidió como un favor que se le considerase como el mas decidido protector del nuevo instituto, y ofreció conseguir para los primeros individuos un asilo en el colegio inglés de Douai, que estaba á cargo de los religiosos de su orden y á cuya comunidad habia él pertenecido, y escribió en seguida á Roma pidiendo al Papa facultades pa-

ra agregarse estos auxiliares, y á Strasburgo para que Libermann fuese incorporado á su diócesis y con este título fuese promovido á las sagradas órdenes.

Libermann, curado por la proteccion de la Santísima Virgen, volvió, pues, á Strasburgo, entró en el Seminario el miércoles de ceniza del año 1841 y por Trinidad recibió el subdiaconado y por San Lorenzo el diaconado. Habiale la Providencia vuelto á traer á Alsacia para que allí reclamase obreros evangélicos, y aun habia deseado que Strasburgo fuese la cuna de su futura congregacion. La Providencia, empero, lo dispuso de otro modo; pues en el mes de setiembre del mismo año 1841 abrió en la Neuville, cerca de Amiens, el noviciado del Sagrado Corazon de María, y el 22 del mismo mes fué ordenado de sacerdote el señor Libermann por el Ilmo. señor Mioland, obispo entonces de Amiens, y hoy arzobispo de Tolosa.

Apenas hacia dos años que se habia fundado el noviciado, y ya Santo Domingo, la Australia, la isla Mauricio y la de Borbon habian recibido misioneros del Sagrado Corazon de María. Comenzó en fin á realizarse el deseo que manifestábamos por aquel entonces. Despues de haber espuesto la historia de la Iglesia de los negros de África, desde fines del siglo XV hasta fines del XVIII, á principios del reinado de Luis XVI, terminábamos con estas reflexiones: «Tales son las últimas noticias que tenemos de los cristianos negros del Congo. Allí se ve á aquellos pobres pueblos, á esos negros de África, emigrados en otros reinos, abandonados sin pastores por espacio de un siglo, conservar sin embargo la fé cristiana, y conformar á esta su vida en cuanto pueden. Al simple anuncio de que va á llegar á su país un sacerdote, se los ve á todos, jóvenes y viejos, príncipes y súbditos, amos y esclavos, no caber en sí de gozo, salir

á recibirle entonando cánticos y conducirlo á su iglesia, á la casa de Dios, donde domina la cruz. Se ve á las pobres madres venir desde muchas leguas con los niños en brazos y á cuestas para proporcionarles la gracia del bautismo. Lo único que piden aquellos pueblos abandonados, son sacerdotes y un obispo. ¿Por qué son desoidos hace ya tanto tiempo sus clamores? ¿Por qué no se forma una asociacion de oraciones en su favor? ¿Por qué ni la Propagacion de la fé ni ninguna otra congregacion religiosa se ocupan en ello? ¿Por qué la Iglesia de Dios parece insensible á los gritos de estos pueblos que le tienden sus brazos desde hace ya siglos? ¿Por qué los apóstoles de su caridad pasan al lado de esos negros de África sin rescatar sus almas, mientras los negreros, los apóstoles de la codicia, saben llegar allí para comprar sus cuerpos y venderlos como esclavos? Pontífices, sacerdotes, é hijos de Dios y de su Iglesia, no olvidéis á vuestros hermanos del Congo.»

Gracias á Dios, que suscita un judío de Saveria, un judío desheredado y maldecido por su padre, un judío varon de dolores y de enfermedades, de paciencia y de compasion; gracias á Dios, que llama á este hombre abandonado y le llama para que sea el siervo de lo que hay de mas abandonado entre los hombres, han sido escuchados los votos que haciamos por los negros de África.

Las dos Guineas, septentrional y meridional, incluso el Congo, que es una parte de la última; esas dos Guineas que se estienden hasta mil y cien leguas á lo largo del Océano, están abiertas al celo apostólico de los sacerdotes, de los hermanos y hermanas del Sagrado é immaculado Corazon de María. Hacia el año 1840 bandadas de negros libertos abandonaban en crecido número la América y se reunian en las costas de Guinea para formar allí una república con el nombre de Li-

beria. Habíales seguido un vicario apostólico, el Ilmo. señor Baron, con la esperanza de penetrar con ellos en las poblaciones negras. Allí concibió grandes esperanzas y volvió á Roma y á Francia en busca de colaboradores. Cada vez mas animado se avistó con el señor Desgenettes, cura de Nuestra Señora de las Victorias en Paris, el cual le dijo al momento que sus auxiliares estaban prontos y le esperaban en la Neuville, cerca de Amiens. Salen siete misioneros, pero en una estacion poco favorable; aun se ignoraban las variaciones del clima y las precauciones que debian de tomar los europeos; asi es que de los siete misioneros cinco mueren casi luego que llegan, el sexto se desanima, el vicario apostólico pasa á otro destino, y solo se queda todavía uno, pero sin ninguna comunicacion, tanto que se creyó habia muerto con sus hermanos y por espacio de diez y ocho meses se le estuvo contando entre los difuntos para los sufragios. En 1845 fué cuando el señor Schwindenhammer supo en Roma que probablemente quedaba todavía un misionero en Guinea. Era este el señor Bessieux, hoy obispo de aquella mision, el cual si bien habia escrito á Europa y á él se le habia escrito varias cartas á Guinea, ni unas ni otras cartas habian llegado á su destino, pues aun no estaba regularizado el sistema de comunicaciones entre los dos paises.

Entonces se dió aquella vasta mision á la naciente congregacion del Sagrado Corazon de María. El señor Tisserand, uno de sus mas distinguidos individuos, marchó solo en el *Papin* en calidad de prefecto apostólico; pero el cielo tampoco queria su sacrificio; levántase una espantosa tempestad en los altos de Mogador; y es tan inminente el peligro de muerte, que toda la tripulacion se postra de rodillas ante el misionero pidiéndole la última absolucion. Solo quedaba por salvar un alma, un judío que pide con lágrimas la gracia del bautismo, y

apenas le recibe, desaparece el navío envuelto en las olas con el misionero, con el neófito y con casi toda la tripulacion.

Tres obispos misioneros, escogidos en la misma congregacion, van sucesivamente á trabajar en los cimientos de esta penosa mision. El primero, el Ilmo. Truffet, á los pocos meses de su llegada á Guinea, entrega su alma á Dios, mártir de sus mortificaciones aun mas que de los ardores del clima. Los otros dos, el Ilmo. Bessieux y su auxiliar el Ilmo. Kobés, jóven sacerdote de la diócesis de Strasburgo, consagrados ambos en 1848, continúan todavía hoy con prudencia y valor la obra de la paciencia que les ha costado ya tan dolorosos sacrificios.

Durante ese tiempo, sus dignos cooperadores aseguraban mas y mas la prosperidad de la congregacion. De la humilde casa de la Neuville, habia pasado el noviciado á la ciudad de Amiens para de allí fijarse definitivamente en la antigua abadía cisterciense de Nuestra Señora del Gard en la misma diócesis. Burdeos contaba tambien entre su clero algunos misioneros del Sagrado Corazon de María, dedicados todos al cuidado de las clases pobres y abandonadas. La bendicion de Dios se mostraba visiblemente sobre las obras del señor Libermann.

Una obra, comenzada ciento cincuenta años antes, debia de agregarse á la obra nueva á fin de completarse la una con la otra. Un noble breton, nacido en Rennes en 27 de febrero de 1679, Cláudio Francisco Poullart Desplaces, habiendo acabado su curso de derecho, debia de tomar posesion del cargo de consejero en el parlamento de Bretaña, cuando desentendiéndose de las instancias y oposicion de sus parientes manifestó solemnemente que se consagraria todo á Dios en el estado eclesiástico. Entró en el colegio de los jesuitas de Paris, hizo voto de pobreza y con-

cibió el generoso designio de abandonarlo todo, parientes, amigos, honores y dignidades, para no pensar mas que en la salvacion de su alma y en la del prógimo. Primero los pobres savoyardos á quienes instruia, y luego la asistencia de los escolares, que por falta de recursos estaban espuestos á enterrar talentos de que la Iglesia podia sacar las mayores ventajas, tales fueron las obras en que sucesivamente se empleó primero el celo de su caridad para el alivio de sus hermanos; pero la segunda no tardó en ser su obra predilecta, su pensamiento fijo y la reg'la de toda su conducta. Los sacerdotes así formados en la comunidad del señor Desplaces, eran destinados especialmente á las clases pobres y desamparadas. Vióle entonces conculcando todos los respetos humanos y llevando hasta el heroísmo su humildad y su caridad, llevar cada dia de la cocina del colegio de los jesuitas los restos que en ella se reservaban para su pequeña comunidad y no tomar de otro alimento que de los desperdicios de estos mismos restos.

Entretanto iba en aumento el número de estudiantes que él mantenía y tuvo que alquilar una casa en la calle de Cordiers, que fué como la cuna de la naciente comunidad del Espíritu Santo. Son indecibles las fatigas y trabajos á que se entregaba para poder á un mismo tiempo atender á su bien espiritual y á su bien corporal. Tantos desvelos y afanes acabaron muy luego con un hombre cuya salud y complexion no correspondia al gran celo que le animaba. Al divulgarse la noticia de la proximidad de su muerte, reuniéronse en un instante en derredor del humilde siervo de Dios cuantas personas distinguidas por su piedad y por su cuna habia en Paris; y despues de haber dado durante mucho tiempo á los que iban á visitarle en su lecho el mas admirable ejemplo de paciencia y de confianza

en Dios, espiró dulcemente el 12 de octubre de 1709 á la edad de treinta años y siete meses.

Contaba entonces su comunidad sesenta individuos, y una obra tan santa no podia perder con Desplaces. Bajo la sábia y piadosa direccion del señor Bouie, presbítero de la diócesis de Saint-Malo, y sostenido por las limosnas de las primeras familias de Francia, se conservó la obra y se estableció en el edificio que todavía ocupa hoy en la calle de Postas. A contar desde esa época, la congregacion definitivamente establecida y aprobada por el Ilmo. señor de Vintimille, arzobispo de Paris, hizo rápidos progresos. En pocos años se vió á los clérigos del Espíritu Sante, entre los cuales se han contado muchos vicarios apostólicos, evangelizar en Francia, en las Indias, en China, en el Canadá, en la Areadia y en las islas de San Pedro y de Miquelon. En 1776 merecieron se les diese el encargo de sostener veinte misioneros y un prefecto apostólico en Cayena y en la Guayana francesa. A consecuencia de la revolucion de 1789 la congregacion del Espíritu Santo, como tantas otras, vió confiscados todos sus bienes y dispersados para siempre la mayor parte de sus individuos. Repúsose sin embargo de este golpe que parecia haberla arruinado para siempre, y despues de varias vicisitudes recibió en 1816 la comision de proveer de sacerdotes á las colonias francesas.

Pero al salir de la gran revolucion las dificultades eran grandes, por no decir insuperables. La Congregacion del Espíritu Santo, reducida á un corto número de individuos, se hallaba en la absoluta imposibilidad de poder por sí sola proveer á todas las colonias. Vióse por lo tanto en la penosa necesidad de dirigirse á los eclesiásticos de diferentes diócesis, invitándoles á que los que quisiesen pasasen, sin preparacion, sin asociarse á la

Congregacion, y por consiguiente sin ningun vinculo ni dependencia con ella, á continuar en las colonias francesas el ministerio que ejercian en su pais natal. Y aun esta invitacion, sofocada, digámoslo así, por los últimos alborotos de la tempestad revolucionaria, apenas fué atendida. Por otra parte, como la mayor parte de los obispos no tenían sacerdotes suficientes para su propia diócesis, no estaban dispuestos á cederle los mejores. Así se vió á las colonias francesas ir cayendo en el mas triste é inevitable abandono, y hasta la Congregacion misma del Espíritu Santo parecia iba perdiendo de dia en dia su antiguo brillo y estinguéndose lentamente en los ocho ó nueve individuos que todavía le quedaban.

Dios, que habia suscitado ambas obras, ambas congregaciones, con un mismo objeto, con el objeto de socorrer á las almas mas desamparadas, se sirvió de la revolucion de 1848 para acercarlas entre sí y al fin fundirlas en una. Consumóse esta union en virtud de autoridad apostólica á fines de aquel mismo año bajo el título de congregacion del Espíritu Santo y del Inmaculado Corazon de María.

Durante el curso de las negociaciones, quedó vacante el vicariato apostólico de la isla de Madagascar por fallecimiento del Ilmo. señor Dalmont. Para sucederle fué elegido el señor Monnet, superior de la congregacion del Espíritu Santo, y entonces el Sr. Libermann, designado por unanimidad para el cargo de superior general de ambas congregaciones reunidas, aceptó ese puesto. Pero ni el uno ni el otro habian de llevar por mucho tiempo el peso de su nueva dignidad. El Sr. Monnet murió al llegar á su mision; y á los tres años el señor Libermann, despues de una larga y cruelagonía, iba á recibir en el cielo la recompensa de una vida consagrada toda, desde su conversion, al servicio de Dios y conatantemente llena de dolores, de sacrificios y de fatigas,

que él tenía á mucha dicha soportar por la salvacion de las almas desamparadas. Pero antes de su muerte habia tenido la dicha de ver sus deseos tanto tiempo antes concebidos y sus proyectos tantas veces abandonados, coronados al fin con feliz éxito el 27 de setiembre de 1850 con la ereccion de tres obispados, en la Tierra Baja (Guadalupe), en el Fuerte de Francia (Martinica) y en San Dionisio de la isla de Borbon. Su muerte, preciosa en la presencia del Señor, ocurrió el 2 de febrero de 1852, dia de la Purificacion de Nuestra Señora, mientras la comunidad, que asistia en el coro á Vísperas, cantaba las siguientes palabras, muy claramente oidas desde el cuarto del enfermo que estaba agonizando: *et exaltavit humiles*. De ello fuimos testigo, pues cabalmente á la razon nos hallábamos á los pies de su cama.

La muerte del primer superior general no estorbó para el acrecentamiento de la nueva congregacion del Espíritu Santo y del Inmaculado Corazon de María; antes bien parece que sobre ella descendia mas abundante la bendicion. Bajo la direccion del segundo superior, el Sr. Schvindenhammer, amigo y confidente del primero, se desarrolla como una misma orden en tres coros; congregacion de sacerdotes, congregacion de hermanos, y congregacion de hermanas. Los PP., misioneros apostólicos, á quienes Pio IX, el Padre de la gran familia, da para conquistar y desmontar una tierra cien veces mas vasta que la antigua tierra prometida á los hijos de Israel, una tierra de 4,100 á 4,200 leguas de largo y de una anchura proporcionada. Los hermanos, misioneros legos, para ayudar á los PP., enseñar á los neófitos las artes de la civilizacion cristiana, y convertir en paraísos terrenales los desiertos, los bosques y los pantanos. Ya ha salido un hermano impresor con una imprenta completa. Las hermanas, para atraer

las misericordias del cielo sobre la patria de los negros y ganar á estos con la oracion, con las obras de caridad y de mortificacion, con la adoracion perpétua del Santísimo Sacramento, con la continua oblacion de sí mismas á Dios como víctimas por la salvacion de las almas mas desamparadas; y si Dios á ello las llama, para ir aun á Africa y fundar comunidades religiosas á fin de consolidar mas y mas el bien comenzado por los misioneros. Desde dicho año de 1852 han comenzado ellas dos ó tres casas en Francia. Todas las almas cristianas pueden asociarse á esta gran expedicion apostólica, á esta cruzada universal de piedad, de caridad, de oraciones, de buenas obras, para socorrer, sacar del imperio de Satanás, y ganar para Dios y para el cielo la porcion hasta ahora mas abandonada de la humanidad entera.

Véase ahora lo que acerca de esta nueva tierra prometida nos dicen los misioneros del Sagrado Corazon de Maria, establecidos en Guinea desde el año 1843. Uno de ellos nos dá con fecha 29 de noviembre de 1847 las siguientes noticias acerca de la Nigrigia ó pais de los negros, despues de una estancia de tres años en él:

«Ante todo quisiera poder dar á V. noticia exacta de la poblacion de la Nigrigia; pero tengo que confesar que todavía carecemos de los datos necesarios para formar este cálculo, ni siquiera aproximadamente. Este vasto territorio comprende una superficie de novecientas leguas del Este al Oeste, y unas setecientas leguas de Norte á Sur. Se cuentan mas de mil y cien leguas de costas á causa de las sinuosidades del litoral. Todo lo que yo he visto me induce á creer que el pais está muy poblado, pues donde quiera que he penetrado he visto numerosos habitantes. Si ha de darse crédito á lo que dice la fama, el interior de las tierras posee muchas ciudades de veinte á